

EL ANACORETA EN 1922

CASA MU

JVBERA 8-123

UN balance de este año de gracia—¿gracia?—de 1922 cuando aún falta cerca de un mes para su acabamiento. Y en este período puede cambiársenos. «Una buena muerte honra la vida toda», suele decirse, y ¡quién sabe si este año se honrará muriendo! Por ahora no es más que el año que ha seguido al de 1921, su sucesor, su heredero. Ha tenido sus raíces en la tierra del pasado, pero no nos ha dado flores, ni siquiera follaje, en el cielo del porvenir. Ha sido un año nada futurista. Su espíritu, un espíritu de resistencia.

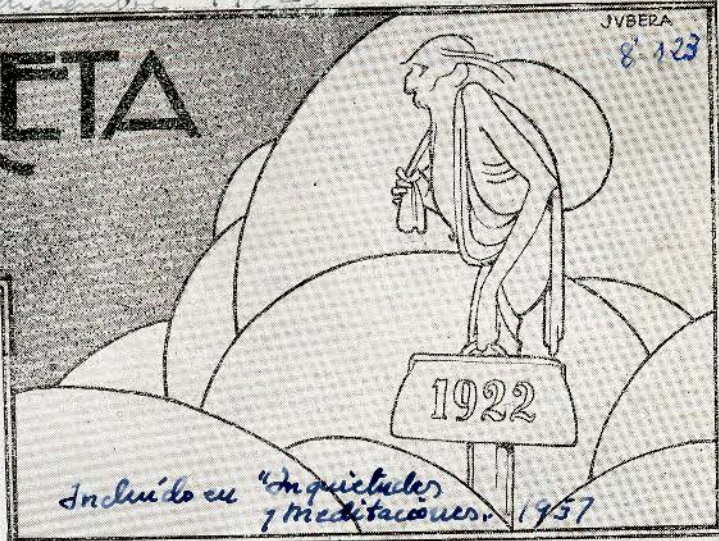
Ni en arte, ni en ciencia, ni en literatura, ni en industria, hemos conocido en este pobre 1922 novedad alguna prometedor de otros tiempos. No ha florecido tampoco la tradición. Pero vamos á referirnos á la vida pública histórica verdaderamente tal, que es la vida política, la vida civil.

Ha continuado, y acentuándose, el que D. Antonio Maura llamó declive, y nosotros primero derrumbe, y después timba. Que timba es una palabra de origen catalán, que en su acepción primitiva y directa no quiere decir otra cosa que derrumbadero, despeñadero ó precipicio. Y con la timba ha continuado la depresión del espíritu público, depresión que toma, á las veces, la forma de alegre despreocupación. Lo que Benavente llamó la ciudad alegre y confiada. Una alegría triste, y aun en ocasiones trágica. La risa no suena á risa cordial y franca. Bien es cierto que los españoles no hemos sabido reírnos. Reírnos como los niños. El sarcasmo es lo propio de la *Morgue* castellana.

El 1922 está siendo el año que ha seguido al 1921, al del desastre de Annual, de vísperas del día de Santiago Matamoros, de la santiaguada. Desastre no menor, sino, en el fondo, mayor que aquel otro de 1898, santiaguada también, pues culminó en Santiago de Cuba. Sólo que aquel otro desastre provocó lo que se ha llamado la generación de 1898, de la que es hoy moda entre los mozos burlarse ó execrarla, y este desastre de 1921 no parece que haya dado vida pública á generación alguna. Estos mozos españoles de ahora, aturcidos por la tremenda lección de la gran guerra de las naciones, lección que aún no han digerido, si es que la han entendido, sólo parece que se cuidan de vivir, sea como fuere. ¿Vivir? ¡Ni eso! «¡Se vive!»—suele decirse—Pero no se sueña, sino que se duerme.

La vida es sueño para algunos, no más que dormir para los más, y para los que hoy en España tienen espíritu civil, conciencia histórica de patria y de españolidad, la vida es pesadilla. En este año de 1922, la vida pública española viene siendo una pesadilla; la pesadilla de las responsabilidades y de la indisciplina social y de la impotencia del Poder público. Escoltado ello por juego de azar, devaneos veraneos en lugares de mala nota y negocios turbios. Y una mezcla de cinismo y de hipocresía, cinismo hipócrita ó hipocresía cínica. Un «que se me da á mí» seguidos de actos de compunción. Compunción a trita, que no contrita.

En este 1922, el que ahora y aquí os traiza su balance antes que él fine, ha intervenido, y con alguna ruidosidad, en la vida pública de la nación, y es natural que su juicio dependa de su experiencia individual. Experiencia rumiada y digerida luego en una gran soledad, en el seno de una celda familiar donde se oye el goteo de los



Incluido en "Inquietudes y meditaciones" 1957

instantes del tiempo que pasa y se siente el agua de la eternidad que queda.

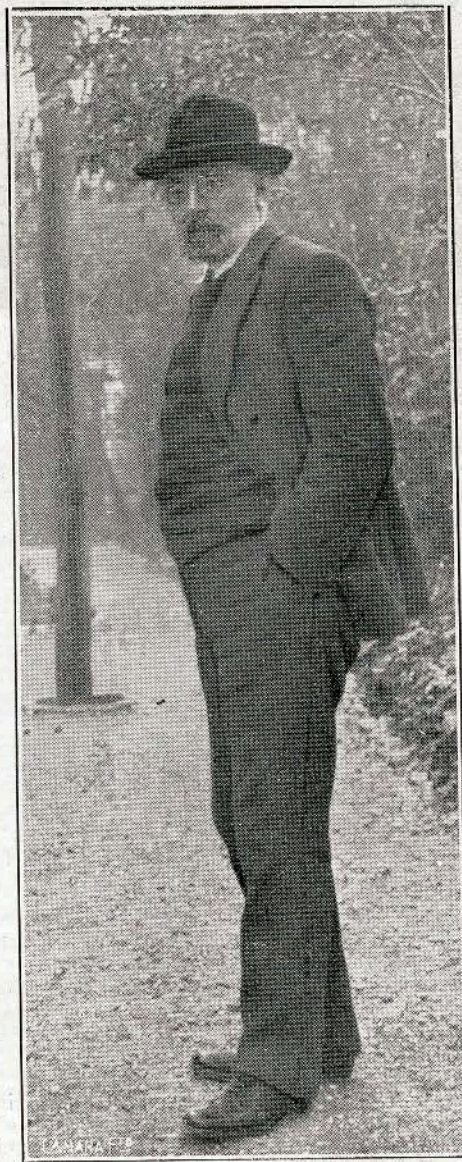
En esa su celda el anacoreta recibe misivas de rincones de España, quejumbrosas las más de ellas, desoladoras algunas. Y empieza á creer que la historia nacional va dando en verdadera locura. Con caracteres de manía persecutoria. En dos sentidos: el de perseguir y el de creerse perseguido.

En sus vagabundos por el mundo misterioso y astral de las posibilidades abortadas, dió una vez el anacoreta con un manuscrito en que se sostenía que D. Miguel de Cervantes Saavedra alteró el final de la crónica que de las hazañas de Don Quijote hizo Cid Hamete Benengeli; que el Caballero no murió tan al poco tiempo de haber recobrado su sano juicio, sino que Dios le concedió un par de años más de vida para ahorrarle purgatorio de ultratumba. Y su purgatorio aquí fué que cuando ya no estaba loco, como cuando iba á socorrer á menesterosos cuerdos y á pícaros y galeotes oprimidos injustamente, sino cuerdo ya, cayeron sobre él los locos todos que se creían perseguidos pretendiendo sacarle otra vez al campo. Y cada uno de ellos quería acapararle, y para cada uno de ellos su caso era el caso típico, simbólico y central. Que cada loco con su tema.

El encuentro por el anacoreta de ese manuscrito en el mundo misterioso y astral de las posibilidades abortadas fué una tentación terrible. Y ya no se dijo con Hamlet: «Ser ó bien no-ser», ni se dijo: «¡Soñar ó dormir!», sino que se dijo: «¿Estoy cuerdo ó loco?» Y para poder seguir viviendo, para poder seguir soñando, para no despertar su muerte, se dió media vuelta y paso cara y brazo á la pesadilla nacional. Y la pesadilla era de las responsabilidades. O más bien la pesadilla era la de la irresponsabilidad.

Y el anacoreta descendió, como el Dante al Purgatorio, al mundo de los políticos fermentados—los que mienten su fe—y los vío, cobardes y serviles, aprestarse á broquelar la irresponsabilidad del otro para encubrir y eludir así mejor sus propias responsabilidades y tratar de diluir éstas.

Escribe esto el anacoreta cuando aún queda por apurar el cabo de este 1922, que no es sino el estrambote de 1921, y el anacoreta, que nació á la vida pública con la generación de 1898, ante la mocedad de 1921, se pregunta: «¿Estaré yo loco, ó lo estarán los demás?» Pero no, no. ¡La mayoría de los demás no están locos.



Nuestro insigne y muy querido colaborador D. Miguel de Unamuno, cuyos admirables comentarios han enriquecido las páginas de NUEVO MUNDO al cerrar del año que termina